

IGLESIA EPISCOPAL CRISTO

Sermón Septiembre 20, 2020

Decimosexto Domingo después de Pentecostés

Año A, Propio 20, Complementarias

Jonás 3:10-4:11, Salmo 145:1-8, Filipenses 1:21-30, San Mateo 20:1-16

Por: Armando Barrios

“De modo que los que ahora son los últimos, serán los primeros; y los que ahora son los primeros, serán los últimos”

Oremos.....

Mis hermanos y hermanas en Cristo, creo que después de seis meses de vivir con esta pandemia, ya hasta se nos hace muy natural el salir a la calle con cubre boca, el no saludarnos de mano, asearnos continuamente, y hasta hacer muchas cosas de forma virtual, es tanta ya nuestra costumbre que, algunos de nosotros traemos en nuestro coche dos, tres y hasta cuatro cubre bocas, hay algunos que van a la moda y tienen cubre boca de marca, o de su equipo favorito, creo que todo esto esta bien, pues con esta pandemia todo se vale con tal de sentirnos mejor.

Hace unos días festejamos el día del trabajo, también conocido como el día del trabajador, pero un día antes en una de las redes sociales leí un mensaje que alguien público que decía así; “es mejor que las personas que no trabajan, no celebren este día”. Tal vez la persona que publicó este mensaje no pensó que hay muchas personas que no tienen trabajo y no es porque no quieren trabajar, sino por muchas diferentes circunstancias, el punto aquí es que, no debemos juzgar a todos en general.

Algo muy parecido sucedió en la primera lectura del libro de Jonás, Jonás se enojó porque Dios perdonó a la ciudad de Nínive, y también se enojó cuando se secó la mata de ricino, Jonás juzgó a todo un pueblo por su mala conducta incluyendo niños y animales, *igeneralizando!*, mis hermanos y hermanas en Cristo, nunca debemos generalizar, y lo que es mejor aún nunca debemos juzgar, pues ninguno de nosotros tenemos el derecho de juzgar, solo Cristo Jesús.

El Santo Evangelio de hoy según San Mateo, nos relata la parábola del dueño de un viñedo que se encontraba preocupado por la cosecha de sus uvas, se cuenta que en esos tiempos la cosecha de la uva siempre estaba lista para ser recogida a finales de septiembre, así es que el señor salió en busca de trabajadores para que su cosecha no se echara a perder.

Nos cuenta el relato que el dueño del viñedo salió muy de mañana y encontró unas personas y se arregló con ellos para que fueran a trabajar, y les pagaría el salario de un día, después este hombre volvió a salir a las nueve de la mañana y encontró a otros que estaban desocupados y también los contrató, prometiéndoles pagarles lo **justo**.

Tengo que acláralos que en esos tiempos el día de trabajo constaba de 12 horas, de las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, así es que cuando el dueño del viñedo salió muy temprano, era la primera hora del día, las seis de la mañana, en otras traducciones bíblicas dice que volvió a salir a la tercera hora, que serían las nueve

de la mañana, volvió a salir a la sexta hora, las doce del día, encontró más trabajadores e hizo lo mismo, a la novena hora, las tres de la tarde, y a la onceava hora, las cinco de la tarde contrató a los últimos trabajadores.

Cuando llegó la tarde/noche, el dueño le dijo al encargado del trabajo; “Llama a los trabajadores, y págales comenzando por los **últimos** que entraron a trabajar y terminando por los que entraron **primero**”, así es que los que recibieron primero su pago fueron los que entraron a trabajar a las cinco de la tarde, después los que entraron a las tres, después a los que entraron a las doce del día, los que entraron a las nueve de la mañana, y por último a los que comenzaron a trabajar desde las seis de la mañana, así es que estos últimos esperaban recibir más paga que los demás, pero para su sorpresa y enojo, recibieron exactamente lo mismo que todos los demás, incluyendo a los que trabajaron solamente una hora.

Todos recibieron un denario por su trabajo, que era el equivalente al salario de un día, por supuesto que los más contentos fueron los que recibieron el salario de un día y solo trabajaron una hora, pero si somos sinceros y honestos quien de nosotros estaría contento si recibiera, después de trabajar toda la semana su cheque y el compañero nuevo que entró a trabajar el viernes también recibe su cheque completo por toda la semana de trabajo.

Esto es, si pasara en una compañía o una empresa, donde hay muchos trabajadores, pero si lo cambiamos a una Iglesia esto tal vez seria de esta forma; el viñedo es la Iglesia, Dios es el dueño del viñedo/iglesia, nosotros somos los trabajadores, hay

muchas personas que tienen trabajando/asistiendo a este viñedo/iglesia muchos años, hay otros que tienen 5,3, o un año, hay otros que solo tienen meses. Hay personas, y esto sucede en todas las iglesias que, por el hecho de tener más tiempo asistiendo/trabajando en una iglesia, piensan y creen que tienen más derechos, señoría o jerarquía que los que tienen menos tiempo que ellos.

Pero esto sucede, tal vez, porque queremos tanto a nuestra iglesia que, nos confundimos y creemos que la iglesia nos pertenece, aclaro que no todos piensan o pensamos de la misma manera, no estoy generalizando, antes jugábamos con el yoyo, “yo hago esto,” “yo hago aquello,” “yo hice esto” y ahora jugamos con “mimi,” “mi iglesia,” “mi banca,” “mi mesa,” “mi silla” “pensamos o creemos que la iglesia nos pertenece.

Nos sentimos el hijo o la hija predilecta de la iglesia, vuelvo a aclarar que no todos pensamos igual, en las iglesias no existe el hombre o mujer indispensable, todos somos necesarios pero ninguno indispensable. Lo que es cierto es que para Dios ya no existe el hijo predilecto, ya que ese lugar fue tomado por Nuestro Señor Jesucristo y para Dios no hay ni habrá otro hijo predilecto, porque Dios nos ama de la misma manera a todos por igual, ya sea que tengamos veinte años trabajando/asistiendo a Su iglesia o solo tengamos veinte días.

Para Cristo no importa cuando te convertiste a Él, en la niñez, en la juventud o en la vejes, lo importante es que estas o estamos y somos parte de Su rebaño, lo que importa es que Cristo nos da el mismo amor a todos por igual, nos da lo **justo**.

En conclusión, todos los trabajadores del viñedo, al final del día recibieron la misma paga, de acuerdo al dueño del viñedo, recibieron lo **justo**, el salario de un día de trabajo, de la misma manera todos nosotros al final de nuestras vidas tendremos el mismo recibimiento en el Reino de Dios, recibiremos el mismo amor, recibiremos lo **justo**, ni unos más, ni unos menos, lo que Dios nos da por Servirle, no es una paga sino un regalo, no es un salario, sino una gracia.

Cada cosa que hagamos en la Casa de Dios sea tan pequeña o tan grande, hagámoslo con humildad, con alegría, pero sobre todo hagámoslo con amor, que nunca este en nuestras mentes o corazones, “yo merezco más, porque tengo más tiempo en la iglesia” o “yo tengo veinte años asistiendo/trabajando y tú solo veinte días”, recordemos que Dios siempre nos da lo **justo**, no nos da de más ni nos da de menos. Y les recuerdo que, **“Los que son los últimos, serán los primeros, y los que son primero, serán los últimos”**

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, Amén

